

DE BUENAS LETRAS

Una voz única

ANDRÉS SORIA OLMEDO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Los recitales que daba Rafael Juárez de su propia poesía eran singulares e inolvidables. Ya la palabra 'recital' es excesiva. Decía los poemas de memoria, sin papel a la vista, sin levantar la voz, sin suprimir su acento ni su seseo de Estepa, sin declamarlos, pero conservando al milimetro las pausas, los encabalgamientos y los énfasis requeridos exclusivamente por el sentido de los versos. El resultado de esa mezcla de oralidad y elocuencia refrenada podía devolver y renovar en cada actuación esa «madeja de tiempo y espacio, aparición única de una lejanía, por cercana que esté» que Walter Benjamin llamó aura. Al decir un poema en una ocasión concreta, la boda de Carlos Gollonet y Salvador Ariztondo, los amigos experimentamos cómo, por un momento, inauguraba un espacio sagrado. Dijo el soneto 'Lo que vale una vida'. Se ha reproducido muchas veces en las redes sociales durante estos días

tristes. No hay paráfrasis que lo sustituya:

«Estoy en ese edad en la que un hombre quiere / por encima de todo ser feliz, cada día. / Y al júbilo prefiere la callada alegría / y a la pasión que mata, la renuncia que hiere.

Vivir entre las cosas mientras que el tiempo pasa / -cada vez menos tiempo para las mismas cosas- / y elegir las que valen una vida: las rosas / y los libros de versos y el viaje y la casa.

Hasta ahora he vivido perdido en el mañana / -seré, seré, decía-, o en el pasado -he sido / o pude ser, pensaba- y el mundo se me iba.

Ahora estoy en la edad en la que una ventana / es cualquier aventura, y un regalo el olvido.

Ya no quiero más luz que tu luz mientras viva».

El homenaje a Miguel Hernández del último verso («Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío») me lleva al «callado, y más ca-

llado, y más callado» de su elegía a García Lorca. Pero no cabe seguir por la pedantería del oficio. Esta es la voz que se ha callado. Y esta es la voz que -acabamos de comprobarlo- sigue viva, aunque ahora mismo el consuelo sea tan flaco, porque nos falta su persona, el amigo de espíritu tan fino, de atención tan cálida. Desde hace cuarenta años. Desde su librería, Al-Andalus («Se estaba bien allí», ha escrito Antonio Jiménez Millán). Desde el Colectivo 77, que alentó Álvaro Salvador, con Enrique Nogueras, y de 'Letras del Sur'. Desde el lanzamiento del ciclo 'Por el color' en el Centro Guerrero, donde invitamos a Antonio Muñoz Molina. Desde la civil conversación sobre sus poemas, tantas veces, con Manolo Garrido Palazón. Desde la Fundación Ayala. Desde toda la vida nuestra, porque con él se ha ido una parte sustancial de este pequeño mundo nuestro, granadino y universitario, del gusto por la poesía, la literatura y las artes. Con suave firmeza, Rafael Juárez se negó a pertenecer a nuestra Academia; su compañera, en cambio, la intensa narradora y poeta Pilar Mañas, sí lo es también nuestra. A ella y a su hijo le doy -le damos- un abrazo fuerte.

Su voz era única. Su palabra es única. Debe ser la última que suene en esta nota:

«Con muy pocas palabras, / sin apenas verdades, / con algunos deseos, /el camino, la casa, / los amigos leales, /porque no volveremos».